

MNEMÓSÝNE DIGITAL

REVISTA DEL FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CUENTO



NÚMERO 19

2016

LOS SILOS

Sí. En Cataluña, por ejemplo, hay un pequeño festival también de cuentos y nuestra idea es realizar como un hermanamiento donde ellos conozcan nuestro Festival y nosotros el suyo. Por ello, me he puesto en contacto con su concejal de cultura y nuestra idea es firmar como una alianza donde nosotros podamos hacerle una visita a ellos y viceversa, y poder así conocer ambos festivales. El hecho de que Televisión Española se desplace hasta aquí para un acto de estas características cuesta mucho más, porque el tema cultural está por desgracia en el apartado que le toca. Pero sí, el principal objetivo de esta administración es expandirnos y que este Festival no solo se conozca en la comunidad autónoma, sino que vaya mucho más allá.

ESTUDIOS Y REFLEXIONES

LA CIUDADANÍA MARAVILLOSA EN LA COMUNIDAD IMAGINADA

ANDRÉS GONZÁLEZ NOVOA

RESUMEN: A través de una extensa experiencia en el mundo de la narración oral, seguimos paralelamente analizando la posibilidad de recuperar la memoria a través de las pequeñas historias. En ellas, encontramos los procesos que posibilitaron los finales históricos. Por ello, siguiendo la línea de investigación, concentramos nuestros esfuerzos en un análisis profundo de las propuestas de las personas americanas del XIX para conformar un modelo de ciudadanía maravillosa. Sus monstruos, sus insólitos paisajes o sus extrañas reflexiones son espejos donde enfrentan las envilecidas indignidades. Auguran la caída del ciudadano como modelo de habitar en el mundo, frente al otro modelo monstruosamente maquillado: lo políticamente correcto del pensamiento único. Voces silenciadas, sentenciadas al olvido del desván, que persisten sin embargo en su vital propósito, generar una red que fortalezca sin duda, el desmembrado sentido común. La praxis apasionada y la reflexión sosegada intentarán converger en una síntesis de lo que podríamos aprender de nosotros mismos, desde la convivencia comunitaria.

ABSTRACT: Through the wide experience in the field of oral narration, we follow in analysing the possibility of recovering the memory throughout the short histories. In them, we find the processes which allowed the historic ends. That is why, following the line of investigation, we concentrate our efforts in a deep analysis in the propositions of the American people of the XIX century to conform a model of marvellous citizenship. Their monsters, their unusual landscapes or their strange reflections are mirrors where the demonised indignities confront. They predict the falling of the citizen as a model of inhabiting the world Vs another monster made up model: the politically correct of the sole thought. Silenced voices, sentenced to be forgotten in the cellar, which persist nevertheless in its vital purpose, generate a net which strengthens with no doubt, the fragmented commonsense. The passionate praxis and relaxed reflection will try to converge in a synthesis of what we could understand of ourselves, from the community coexistence.

1. LA ALTERNATIVA MORAL DE LO FANTÁSTICO

Ibantobscuri sola sur nocte per umbral
Virgilio/*Eneida*

El *DRAE* describe fantasía (gr. Φαντασία / It. Phantasia) como la facultad que tiene el ánimo de reproducir por medio de imágenes las cosas pasadas y lejanas, de reproducir los ideales de forma sensible o de idealizar las reales. Es decir, que el eje del cual se aleja lo fantástico es real y sin embargo, acostumbramos a decir que la realidad supera la ficción. ¿Qué y quién describe en cada espacio y tiempo lo que es real? ¿Qué y quién nos orientó hacia la crítica caprichosa e interesada de las definiciones contextuales y no hacia un consenso abierto referido a lo sensible e imaginable? ¿Es pues lo fantástico una exageración o idealización de lo real, o es lo real una degeneración cacotópica de lo fantástico?

Retomando el diccionario, aparece también como grado superior de la imaginación, como la acción del que inventa. En este sentido tendrá la fantasía mucho de ciencia, de direccionamiento de las energías humanas hacia el desarrollo manipulativo en relación con el entorno, es decir, de las capacidades del *homo sapiens* de generar respuestas originales en base a los errores del pasado. ¿Qué hace pues que lo científico sea real y lo fantástico no? ¿Un método? ¿La fe? ¿La vanidad? ¿La falta de tiempo?

Prosiguiendo sin embargo por las acotaciones de la Academia, encontramos a la fantasía como ficción, cuento, novela o pensamiento elevado e ingenioso. Y quedémonos, por el momento, con las características o virtudes atribuidas. Para que algo resulte fantástico debe ser elevado e ingenioso sobre una medida en relación a algo medible. Y si nuestra expectativa es razonar y apasionarnos en torno a las pequeñas verdades de las empequeñecidas historias, quizás debamos legar las grandes interrogantes para su viaje por el tiempo y concentrarnos en esta última aportación epistemológica. Dejarnos llevar como viajeros por esa literatura menor que logra sin duda alguna, removernos con más comodidad por la alta vida intelectual y moral de este siglo sin luces, ni sombras.

Los románticos y los modernistas del XIX atinan a intuir la condición del arte en equilibrio aristotélico entre ciencia y superstición. Los mueve la pasión indagadora sobre cuanto se desconoce; una afirmación tímida de que sólo se sabe que no se sabe nada, sin cicuta, pero con letras. Un movimiento suave de batuta que traspasa las fronteras entre el sueño y la razón, sin que la vida pierda su armonía. Una cincelada inocente y experimentada que no deja de sorprenderse tras el beso marmóreo de su efecto Pigmalión.

Pero este sentir decimonónico es ancestral como las ancianas de los pueblos. Viejas que como el miedo, son anteriores a las letras, y a muchas cosas nuevas que cambian todo, para no cambiar nada. Desde el *Zendavesta*, la *Biblia*, la *Odissea* o las *Mil y Una Noches* hasta Rabelais, Quevedo, Defoe, Walpole, Garcilaso o Cazzotte encontramos un sinfín innumerable de experiencias compartidas que son alejadas impudicamente de los renglones de la historia oficial y por ende, del saber científico. Pero la gran diferencia

que enfrenta a los escritores del XIX a lo fantástico es que ya no responden exclusivamente a los latidos del corazón, pues la razón sin duda, tuvo que afectarlos: Herederos del racionalismo, reaccionarios y románticos, políticos y modernos, afrontan lo fantástico no solo como evasión, sino como re-direccionamiento del individuo y las sociedades. Conforman, con o sin intención, una respuesta a la ciudadanía que queda patéticamente sepultada bajo los clichés positivistas del envejecido siglo XX.

Pero tan claro como es el des-entendimiento heredado del positivismo del nuevo milenio, es en su envés, la intuición en cierta claridad de que lo fantástico no es inferido por dicho des-entendimiento, sino percibido por y con la sensibilidad, de igual modo que lo gracioso, lo trágico o lo cómico como algo esperanzador y refrescante. Es penetrable igualmente que la caracterización de todo conocimiento superado por la hegemonía paradigmática del pensamiento único, termine ubicado en dicha acepción, lo cual nos conduce progresivamente al desvelamiento de toda esa literatura menor y no-científica, como mostradora de realidades alternativas a las impuestas por esta aldea global de intereses homogeneizadores; concluirá sin duda, criticando el simplismo esclavista de la tiranía mediático-pedagógica. Todo lo que no cumple el protocolo del método, todo lo que no es reducible a la comprensión de lo bancario, termina sin más en el polvoriento cajón del pasado-ficción.

Llegamos al corazón de lo fantástico, entre el polvo del desván, así podríamos comenzar a retratar la real y apócrifa imagen actual del ayer, igual que el ángel de Durero, olvidada y cansada de tanta mudanza (Agamben, 1998). En un mundo que es el nuestro, el que conocemos, sin diablos, silfides, hadas ni vampiros, se produce un acontecimiento imposible de explicar por las leyes de este mismo mundo familiar. Cuando esto sucede, la sociedad contemporánea ha desarrollado desde la aniquilación de la herencia decimonónica, una capacidad de almacenamiento de desván, en el que entre telarañas y polvo, ha conseguido desordenar la historia. Y no sólo eso, sino que además ha logrado etiquetar todos estos abalorios de nuestras culturas como algo carente de función, como algo que hay que guardar para la nostalgia, pero que no tiene lugar y espacio en nuestro salón del hogar. En este ya solo encontraremos aparatos tecnológicos, muebles de diseño y cuadros de *Ikea*, a la par que algunos libros de autoayuda.

El sujeto que percibe el acontecimiento debe optar por una de las dos soluciones posibles: O bien se trata de una ilusión de los sentidos, de un producto de la imaginación (hoy ubicada en deformaciones psicotrópicas o en espontaneidades infantilizadoras), y las leyes del mundo siguen siendo lo que son, o bien existe realmente, como los demás seres o ideas, con la diferencia de que rara vez se encuentran. La segunda opción amenaza ocasionalmente la vertebralidad del paradigma *pensamiento único*, y por ello debe ser aniquilado en ese altílo, con los demás especímenes *non gratos* a la ceguera de este tiempo de fobia al miedo. La arriesgada elección nos conduce a lo extraño o a lo maravilloso desde la negación metódica, o desde la incertidumbre capaz de la sorpresa. Una opción, claramente, no acepta la crisis.

y por tanto tampoco presta demasiada confianza a la duda; concibe lo real en función de leyes naturales-científicas y deja lo demás para el imaginario del desván. La otra, sin ningún prestigio en la Academia, ofrece sin embargo, alternativas edificantes para conformar, con mayor sutileza, este proyecto de globalidad tan totalitaria como segregadora (Sloterdijk, 2007).

Veamos un ejemplo para comenzar a entrar en materia. Un relato anterior a Copérnico que imaginase la tierra girando alrededor del sol, sería considerado en su época como enteramente fantástico o maravilloso. Sin embargo, sabemos desde los pensadores cretenses, que existen miles de relatos en torno a dicha idea. Lo fantástico, que inicialmente supone una trasgresión de las leyes del mundo empírico, a sabiendas de lo subjetivo de nuestra experiencia, otorga una irrealidad provisional tan necesaria como los andamios para la elevación de un edificio civilizador. Es posible entonces que lo fantástico se haya tornado desde la buhardilla en un reflejo oxidado de la imposibilidad de llegar a un sentido definitivo de la vida, que en su intención, nos sacude la interioridad con la sensación del acto perpetuo aristotélico, la idea de que somos un proyecto, no un resultado humanista o humanitario.

Lo fantástico representa sustituir lo familiar por extrañeza, por lo intranquilizador; significa introducir zonas oscuras formadas por nuevas intuiciones del otro y de lo oculto, de los espacios que se hallan situados más allá de la frontera delimitadora de lo real. Es claro en el hoy, que dichas visitas hacia el otro o hacia dichos espacios se realizan de forma virtual, a distancia, sin contacto. Se asume a-criticamente el carácter ficticio de todas esas posibilidades y por lo tanto, es permisible consumir dichos productos, eso sí, con la certeza de que no son posibles, que nada de lo que aportan es cierto o funcional. Podríamos ajustar la nostalgia del desván al cajón del entretenimiento; del circo para el pueblo al opio para las masas panoptizadas (Debord, 2003).

Sin embargo, lo fantástico precede al elemento anecdótico que emborrona las señales de lo propio referente, es decir, tiene el poder poético de destronar las visiones hegemónicas. Lo maravilloso puro tenderá a borrar todo su referente y lo maravilloso explicativo en cambio, a restablecer el referente de otro punto desde donde mirar. Frente a dichas posibilidades, el género objetivo de esta realidad emborronada, es susceptible de subversión desde lo no-borrado, lo almacenado en los desvanes, lo que puede y debe transgredir la realidad sistémica contemporánea. Porque, quizás, el mayor problema de este presente sin norte, es su pasado incompleto.

Por ello, intentaremos con prudencia descubrir las propuestas de ciudadanía que ofrecieron en ese antes de Nietzsche (OctaviFullat, 1998), los pequeños relatos que el futuro despreció como fantásticos, pero que brotando de revolucionarios, viajeros, poetas y políticos, ofrecieron sin duda, con la elegancia que nunca encontrarán los nuevos lenguajes, una posibilidad de “la vida en el mundo” más pendiente de los problemas de la convivencia, que de los hitos humanos del progreso. Una mirada íntima e histórica del problema, integradora y posibilitadora de tradiciones enjundiosas, en un

presente menos moderno, más pausado, en el que por momentos, el *khronos* llega a encontrarse cómodo en la carreta del *kayrós*.

Dichos autores y sus cuentos, proponen planteamientos de ruptura con el orden reconocido, irrumpen desde lo inadmisibile en el seno inalterable de las leyes cotidianas, son intrusos del misterio en la vida real y muestran vitalmente su encuentro con lo inexplicable. Provocan desde los desvanes a las almas inquietas, una alteración del eje espacio-tiempo que consigue integrar la sensación de soledad en el mundo en una red invisible de soñadores, de íntimos cómplices; amantes pasionarios de la vida en comunidad (Larrosa, 2003).

2. EL NACIMIENTO DEL *HOMO-VOCO* EN LAS PROPUESTAS FANTÁSTICAS DEL XIX EUROPEO

Si realizamos un breve repaso del concepto de ciudadano desde la proclama de Epicteto «soy ciudadano del mundo», si a velocidad de vuelo recorremos la *paideia* como educación del ciudadano y la *isonomía* como ubicación de cada ciudadano en su lugar, si entendemos a modo sofista al ciudadano como buen político; si vemos en sí a Sócrates como expresión de buena ciudadanía, configuraremos a vuela pluma al ciudadano como aquel individuo que participa directa o indirectamente en la gestión de la vida pública (Guthrie, 2004 y Jaeger, 2004).

Tomás de Aquino escinde el concepto del ser humano religioso, configurando el *homo-politicus* que llegará al renacimiento demasiado politizado. La crítica de Rabelais y Montaigne mostrarán en este breve trayecto los peligros del saber científico-materialista (Enrique Belenguer, 1996). Pero prosigamos con celeridad hacia los fundadores teóricos del estado absolutista: Hobbes, Locke y Rousseau, el hombre-lobo, el hombre-hipócrita y el hombre-egoísta. Así cerramos el siglo de las luces y las sombras para entrar en el siglo del desconcertante relativismo cultural (del hombre absoluto al hombre disuelto).

El XIX lo avanzamos en el absoluto oscurantismo. Neotomismo, psicologismo, ciencias de la naturaleza, tradicionalismo, positivismo, freudomarxismo, vitalismo, historicismo, hilozoísmo, neokantianismo, materialismo, fideísmo, mecanicismo, pragmatismo y un sinfín de *ismos*, competirán con rabia desmedida por su gloria epistemológica, desmembrando al ciudadano en tipos de ciudadanía, olvidando sus antiguos menesteres, en los que sin ser tan ilustres, sí fueron conocimientos bien amigos. No sería incierto afirmar que la globalización ha sido la victoria de uno de los proto-tipos, y no de la integración coherente de todos. Es así que en esta relatividad cultural (del todo cabe para que nada valga) que culminará Nietzsche, encontremos lógica la política del desván, del abandono de un pasado que en un siglo frenético, nos situó como corderos, en un mundo de bárbaros con tecnología de sabios. Sobró de todo en el siglo de los *ismos*, menos sensibilidad. Veamos pues, desde las voces fantásticas, desde las silenciadas intimidades, si encontramos a un hombre más cómodo en una

ciudad más tranquila, a ver si con fortuna y presteza hallamos las huellas de una ciudadanía imposible, fantástica y seguramente deseable (Deleuze, 2005).

Kafka en su *Metamorfosis* (1915) nos ofrece al humanismo bajo las leyes comerciales, la transformación que ya advertía Rabelais en su Abadía al Revés y Montaigne en sus *Ensayos*. Hoffmann en el *Vampirismo* (1821) desentraña la naturaleza del horror en la excesiva fe de las certezas hegemónicas y en cómo lo fantástico es capaz de conmover el alma sin perturbar la mente, de que manera forja a naturalezas vigorosas a través de la gastronomía de los platos fuertes de la vida. En tanto Gautier en *Los amores de una muerta* (1836) nos muestra a la mujer libertina, adicta a hombres, juegos, licores y blasfemias, como una mujer participativa de la vida pública, la femme fatale no es otra acepción que la de ciudadanía integrante de lo femenino. Dicha visión se equipara coherentemente con los principios del anti-héroe de Zorrilla, *Don Juan Tenorio* (1817), en sus célebres versos: A la justicia burle, a la virtud escarnecí, a la razón atropellé (y aquí le corregimos el verso terminante del cuarteto), a la tecnología vendí (hombre-pasión).

Prosper Mérimée en su cuento *Sobre el Vampirismo* (1827) intuye la ficción como una segunda infancia del hombre y otorga en la reflexión sobre el vampiro una moraleja paternal en acercamiento del pasado moralizante al presente corrupto. Villiers De L'Isle-Adam corresponde a esta visión en su *Tortura por la Experiencia* (1883) con el desmenzamiento del pasado como dador de usura económica, una ceguera más dura que la piel que vierte en lo cuantificable una esperanza más que dudosa. Estas reflexiones sobre la utilidad de los muebles del sobrado para la decoración histórica del salón humano nos conducen en *La Cabellera* (1886) de Guy de Maupassant hacia la tradición posibilitadora frente al arcaizante pasado litúrgico. En su relato, el capitalismo es un ente fantasmagórico que viene a destronar al ciudadano y a sojuzgarlo, a evitar sin duda su acceso al campo espiritual.

Edgar Allan Poe con su *Corazón delator* (1843) nos ofrece el terror como la sensación íntima de que estamos vivos. Desde la naturaleza fuerte de la conciencia humanista, el ciudadano a través de esa perturbación interna y auditiva, acomete vitalmente su cruzada contra la barbarie. Advierte a la par que el pensamiento fragmentado de su tiempo convierte a los seres humanos en seres deshabitados, en los que esa voz no tiene resonancia y son los caprichos físicos, desde abajo, los que guían la acción. J. Hawthorne cuenta la historia de un hombre que por una noche fue amante de una mujer muerta hace más de doscientos años, y que por ello guarda en su cuerpo un frío sepulcral. En *El Misterio de Ken* (1883), reflexiona sobre lo importante de aprender del pasado lo inevitable de nuestra contingencia, como huéspedes en el anfitrión mundo histórico. A su vez, James en el *Conde Magnus* (1904) integra lo fantástico en la experiencia. Es curioso cómo, recorriendo un sendero familiar, profundizamos en los propios pensamientos con absoluta exclusión de los objetos circunstantes. Como bien dice la máxima goyesca, los sueños de la razón, producen monstruos.

Proseguimos este pintoresco recorrido por el otro pensar decimonónico con *La Ventana*

Cerrada (1871) de Ambrose Pierce. El protagonista es un hombre al que la agitada experiencia lo conduce a la quietud. Frente al capitalismo como generador de realidades inalcanzables, este ciudadano ha encontrado su lugar en el mundo, y está dispuesto a convivir en él. No debe cambiar nada afirma, bajo ningún concepto, y concluye, la vida no puede ser tan terrible como aparenta. Clarificador no obstante es ya el título *El Intruso* (1921) de H.P. Lovecraft. Un vampiro se enfrenta al espejo, como un ciudadano se enfrenta a su medida y no se ve tal como es. Se reconoce como intruso en el mismo día que sus dedos se extendieron hacia el abominable y frío cristal pulido. Como en la *Casa de Asterión* de Borges, el ciudadano del XIX que no entra en el método, se termina reconociendo como un ser marginal, y se siente como tal en lo social. El terror que provoca es el fundamento del racismo, es él, desde su ciudadanía radical, un extranjero en una tierra que parece no ser la de los hombres. Ese espejo abominable lo concibe como algo oscurecido por el tiempo Joseph Sheridan Le Fanu en *Carmilla* (1871), donde desde la belleza tatánica brota el beso de la vulgaridad en lo fantástico. El ciudadano que anticipaban los griegos como participe de la vida pública no se reconoce en lo social, porque lo social está dejando de pertenecer a la historia.

En tanto, en las islas británicas, Robert Louis Stevenson, desde *El Diablo en la Botella* (1893) advierte de la maldición de una cultura que quiso la recompensa de la muerte sin el esfuerzo de la vida. Bram Stoker en el *Invitado de Drácula* (1897) aporta a su coetáneo la emergencia de una crítica a la edad de la técnica, advierte como acabaremos con los Vampiros a través de los medios de registro de información, como tantos datos almacenados terminarán por convertirnos en espectros intelectuales, ausentes de sentido y cargados de energías negativas.

En 1821, Percy Bysshe Shelley escribía *Los Dos Espíritus* reflexionando en torno a los nuevos tiempos y en cómo habrían resultado las cosas, si se hubieran tomado otras decisiones. Es consciente de que la noche hace al día y de que lo fantástico hace lo real, advierte sin duda, desde lo oscuro, la pérdida del rostro humano en el monstruo positivista. Pensamiento que años atrás, en 1816, en una reunión con Mary Shelley y Byron entre otros, en homenaje al *Hamlet* shakesperiano, daría a la increíble reflexión sobre la ciudadanía de *Frankenstein* (1836). El protagonista de esta historia y el vampiro de Lovecraft, se enfrentan al espejo con resultados similares. En ambas historias existe una crítica al racionalismo y a la idea de que si el hombre se aparta del hombre rescindiría, siendo un monstruo para el hombre. Existe pues una doble advertencia también para el mundo virtual que evita que los hombres se conozcan en su recorrido por la vida, en fin, ambas ideas, configuradoras de una ciudadanía egocentrista y una sociedad fanática. Este espanto hacia la diferencia se torna en vaso dilatador del hombre tecnológico que desnivela con alevosía la balanza progreso-convivencia, hacia el narcisismo.

Por aquellos tiempos, en España, en el imperio decadente de quijotes abandonados, Bécquer en *El miserere* (1869), es capaz sin duda de renovar la tradición e incrustarla con coherencia en el magma del modernismo incipiente con la profundidad y

sensibilidad de lo íntimo. Sus leyendas y la utilización de lo fantástico recaen en el Selbst de P. Sloterdijk, en la idea de que el hombre no desea la muerte porque tiene derecho al amor propio, y no como el otro ciudadano radical, que no teme a la muerte porque tiene el deber del amor propio. Leves diferencias que marcan con frecuencia el devenir del río humano por los siglos. Diferencias que podrían servir para escarmentar en piedra ajena, como dice José Espronceda en la *Pata de Palo* (1857), cuando reflexiona sobre el valor de la memoria y la velocidad vital de la *techné*. El ciudadano que se intuye es irracional, pasional y libertario, un hombre que camina entre lo fantástico y lo real con la precaución de manejar un poder de alta responsabilidad: la imaginación. Intentar negar dicho poder, y no aprender a usarlo para la convivencia, ha sido uno de los principales vértices de esta ciudadanía impuesta de individuos solitarios y fanáticos en masa.

La herencia que recibirán los autores latinoamericanos podría resumirse de la siguiente manera: Se enfrentan al humanismo comercial y a un pasado usurero y litúrgico otra manera de mirar el mundo, desde lo fantástico. Se intenta conmover sin perturbar, descubrir la sensación íntima de que estamos vivos para configurar una ciudadanía que integre una segunda infancia con la experiencia vital, añadiendo como condimento especial lo femenino. Así pues, frente a la imposibilidad que ofrece el espectro capitalista del acceso del ciudadano al campo espiritual, lo fantástico intenta habitar al ser, convertirlo en un huésped tranquilo y convivencial. El espejo al que se enfrenta lo fantástico es una ciudadanía radical y marginal del hombre que escucha al hombre, el *homo-voco*; el hombre invitado a la comunidad. Es pues que en lo próximo, intentemos desarrollar una crítica a la edad de la técnica y a los espectros intelectuales y narcisistas que ha parido para el malestar general de la cultura, tanto en los reservados, como en los suburbios.

3. DE LO FANTÁSTICO A LO MARAVILLOSO. LOS PRIMEROS PASOS DEL REALISMO MÁGICO Y DE LO REAL Y MARAVILLOSO, EN EL XIX LATINOAMERICANO

*Yo nací en un país, en donde, como en casi toda América,
se practicaba la hechicería y los brujos se comunicaban con lo invisible.*
Rubén Darío

El término tótem procede de un vocablo de la lengua algonquina de los indígenas de América del Norte que significa «pertenecer a mi parentesco» y designa plantas, animales, fenómenos u objetos asociados de manera simbólica a determinados grupos sociales como insignias de identificación. A veces, se usa, también, de manera poco correcta, para designar los objetos, imágenes o esculturas que representan dichos tótems. Escisión importante para comenzar a re-descubrir ese otro mundo de las otras

posibilidades, ese continente al otro lado del océano que por desarrollo lógico de la historia y de sus encuentros, ofrece una visión alterada del mundo, entre la mitología indígena y las concepciones legendario-religiosas castellanas. Un mundo desde el cual, para la búsqueda de esa ciudadanía maravillosa, debemos nadar por los paradigmas narrativos que reflexionan sobre el hombre en relación al hombre, dentro de un entorno social-naturalizado. Es decir, que realizaremos a paso de jungla un viaje por la literatura olvidada del XIX Latinoamericano, como si fuésemos el general Kurtz en el *Corazón de las Tinieblas* (1899) de Joseph Conrad. Una aventura por lo maravilloso como desnudamiento de los prejuicios e integración absoluta del ser en su entorno. Una vuelta al pasado con intención de futuro, es decir, como osamentador vertebral de una ciudadanía maravillosa donde el *homo-voco* podría re-convertir al *homo-mobilis* del siglo XXI en el *homo-integer* de lo real y maravilloso.

Juana Manuela Gorriti (Argentina, 1818-1892) propone un modelo de dama decimonónica europea en el que destaca el interés, la audacia y la valentía. Dicha reflexión procede de un mágico-realismo que pone límites a la ciencia y a la razón desde serias advertencias a sus esperpénticos productos. El fantasma del rencor, la vigilia y el sueño y lo inquietante del ser se tornan en ejes alternativos a la mirada fría del positivismo. En su obra *Quién escucha su mal oye* (1864), con cierta similitud al *Miserere* de Bécquer, encuentra al hombre racional como un conspirador que sigue temiendo que el diablo tire de la manta. El exceso de racionalidad que frecuentan las élites de su contexto la conducen a la observación frenológica de la vida y del habitante en ella. La escritora argentina nos devuelve en una serie de citas huérfanas a la reflexión honda de nuestro sentido. «Al encontrarme solo y dueño de aquella misteriosa puerta, mi corazón latió con violencia, no sé si de gozo o de temor. (...) Esa ciencia cuyo poder niegan los hombres sin fe, esa ciencia me lo dirá. (...) Penetra ahora en mi corazón y busca en él una imagen. (...) Lee en el corazón de ese hombre».

El sentimiento de culpa que posee ese ciudadano curioso y crítico es necesario e imprescindible como regulador de una trascendencia hacia el *homo-compromisum*, hacia el revolucionario que conmueve el alma del otro, sin perturbar su intimidad. Para que dicha trascendencia se produzca en *Coincidencias* (1876) afronta la necesidad de las reuniones físicas como posibilitadoras del encuentro. Conecta la soledad con un punto negro en el corazón; el resentimiento. Apela por ello con decisión a la necesidad de un ciudadano con la capacidad de perdonar, de superar desde la pequeña historia los prejuicios que heredamos de los anales. Es pues en la otra esfera, el político, un ser digno del manicomio por su capacidad de magnificar y perpetuar dicho rencor histórico. Así se refiere la autora a los póstumos pedazos de ciudadanía greco-latina que se deshacen en el hombre político del XIX: «Es el demonio. Él me arrancó de mi pacífica morada para llevarme a palacio y hacerme a la fuerza presidente».

Este esperpento de ciudadano se ve bien reflejado por el Poe mejicano, José María Roa Bárcena (México, 1832-1896), quien desde los tipos comunes de la sociedad desentraña la paradoja verdad-vida, equilibrando el costumbrismo de su cultura y lo imaginario de

sus sueños. De Juan Valera hereda la realidad del prodigio más espantoso y ofrece a Unamuno, para su San Manuel Bueno Mártir (1931), la transformación de un joven bohemio y cientificista en un cura tontorrón y pueril, por medio de la mutación de la razón de cambio a la razón de vida. Así pues, en *Lanchitas* (1878) encontramos el epicentro de dicha transformación en la sencillez, en la expresión popular de *no ha perdido la gracia del bautismo*. Dicha sencillez va asociada a la tradición oral, al vínculo litúrgico con las generaciones nacientes desde la experiencia comunitaria. Sencillez que frente a la opinión pública posiciona la madurez humana en tres vértices; intimidad, reflexión y memoria, los cuales giran en torno al central concepto de la imaginación. Así que frente a una humanidad aturdida por el reinado de lo absurdo y la exaltación de lo inhabitable, la sencillez busca los lugares comunes como emplazamientos para la convivencia. Existe en el relato y en el discurso del mejicano una crítica audaz e ingeniosa al miedo que tiene el capitalismo a la certificación de la habitabilidad de lo fantástico, a la cercanía y amabilidad al dolor del otro. Es pues, un buen intento de funambular en tiempos de la ilustración con lo invisible.

En dichos lugares comunes, es donde podría habitar de forma coherente el hombre-anfitrión. Vicente Riva Palacio (Méjico, 1832-1896) en su relato breve *El buen ejemplo* (1896), herencia de Walter Scott y Fenimore Cooper, reflexiona sobre el proceso pedagógico de dicho ciudadano. Utilizando la arquetípica figura del maestro-mártir de escuela rural, y en el corazón de la jungla, ofrece la vitalidad de la pedagogía como liberadora frente al espíritu bélico de los revolucionarios decimonónicos y de los golpistas americanos. En su historia, el loro del maestro, gracias al modelo de ciudadanía que representa vitalmente, se lanza en el momento de la llamada de la selva, a la escisión y al respeto, organiza su escuela de loros y logra disipar de aquella maraña verde el oscurantismo y la ignorancia. En este relato encontramos mucho de Bécquer, Clarín, Amado Nervo y Horacio Quiroga como proceso des-legitimador por el cual, la ciudadanía no puede ser posible sin la pedagogía, y a su vez, lo pedagógico no debería tener sentido sin dicho proyecto de ciudadanía.

Es aquí cuando la pluma se torna en arma contra la tiranía, desde los capítulos que se le olvidaron a Cervantes, los mismos que se escribieron en el continente nuevo, por Juan Montalvo (Ecuador, 1832-1889). Dicha pluma es propiciadora a la vez de nuevos órdenes sin ruinas, alejadora de prejuicios fantasmagóricos y del poder de los excesos. En su *Gaspar Blondin* (1858), el ciudadano se presenta como permanente anfitrión del otro, prestándole en la dicha y en la penuria sus orejas.

Ricardo Palma (Perú, 1833-1919), rescatador de tradiciones peruanas, viajero, náufrago, soldado e idealista quebrado, se torna en una figura modélica, en un ciudadano que acepta del dolor como lógica de la experiencia humana. Heredero de Zorrilla, Echegaray, Cánovas del Castillo y Campoamor, precursor de Álvaro Cunqueiro y de Gabriel García Márquez, se torna en un defensor de lo maravilloso como un sentido del humor antológico. Inicia un viaje íntimo por la des-fascinación de lo dogmático, advirtiendo en el tiempo de las razones que la religión había curado todo menos la

mordedura de la manzana; que el diablo informado por la prensa (mediatismo-mesianismo) ha logrado actualizarse hasta el punto de que su ingenio integrador ha conformado una estrategia racionalista propicia para el capitalismo cavernario. En su envés, el peruano que recopilará 2700 voces americanas para el escarnio de la Academia (la que sólo las aceptaría en 1992), en su cuento *Dónde y cómo el diablo perdió el poncho* (1875), observa en la capacidad de inventar palabras, un poderoso argumento para configurar una ciudadanía de la imaginación.

«Principio principiando; principiar quiero, por ver si principiando, principiar puedo». Así inicia *El alacrán de Fray Gómez* (1889) criticando a los aduladores que beatifican una cultura arcaizante. El ciudadano virtuoso en tanto, escindido de los aplaudidores, reacciona con firmeza frente a los convertidores de la acción político-pública en publicitario-propagandística. El hombre sin rostro de Agamben es pobre pero honrado en el papel de Fray Gómez, el cual asocia virtud con responsabilidad, y no con poder. Lo importante para el fraile no es ser virtuoso sino estar presente-activo en el contexto virtuoso, es decir, no querer un trato con el otro más que el justo, y no buscar el beneficio que siempre traerá la desgracia al pacto social.

Dilemas shakesperianos que nos llevan a Eduardo Blanco (Venezuela, 1838-1912) y su crítica fantástica del realismo romántico y su reflexión faustina contra el arte burgués. En *El número 111. Aventuras de una noche en la ópera* (1873) advierte del engaño del maquillaje déspota; tanto las deficiencias morales como las limitaciones humanas son posibilidades para una ciudadanía mejor. Ocultarlo es nadar en la decadencia y someter la voluntad humana al trono mediático del cronos. El exceso estético del arte provoca des-habitar la escena y por ende, el marchitar de las ilusiones. Por ello propone la vitalidad de la incertidumbre como motor del ciudadano frente a un humanismo pretencioso y débil, en el que se ofrece el ser a través del poder. Dichos forjadores de quimeras tienden naturalmente a quemarse, tanto como que saber demasiado o racionalizar la cultura solo ofrecerá una visión de humanidad mezquina, lejana y ausente de los problemas de convivencia. Para no visitar rutinariamente los extremos, el peruano propone la importancia de usar con responsabilidad ese don del ciudadano imposible: la imaginación. «Saber a qué atenerse el hombre, respecto al sentir de los demás, me parecía condición indispensable a la felicidad».

Hablamos de ciudadanía pues en parámetros de proximidad, o como diría Eduardo Wilde (Bolivia, 1844-1913), en parámetros de tiempo entregado al otro. En *Alma Callejera* (1882), heredando postulados de Dickens, Larra o Gómez de la Serna, estructura el proceso de encuentro entre hombres como una transfiguración de las almas al corazón del beso. Fusión de alma propia en el cuerpo extraño, conocimiento interior del otro a través de la dedicación solidaria del tiempo vital privado.

Frente a la posibilidad de escuchar al otro, la ciudadanía impuesta en el XIX y que se desarrollará clónicamente en el XXI, condena al hombre a oír lo que quiere, y no lo que podría ser. Justo Sierra (Méjico, 1848-1912), post-romántico y seguidor de Víctor Hugo, en *La Sirena* (1869) reflexiona sobre la belleza atada a su contexto, imposible de ser

copiada, afrontando con ingenio como la estetización burguesa del arte no es más que falta de imaginación y ausencia de humanismo moral. En un proceso desarrollado del antagonismo al agonismo enfrenta y confronta la experiencia humana al concepto de humanidad, dejando es sus palabras un eco cómplice. «Era aquella una de esas voces que nos recuerda los besos maternos, el hogar ausente, los hermanitos muertos, los primeros besos de las pasiones puras, y luego una lánguida y sublime aparición de la muerte». Esa voz, la otra, lejos del eco cómplice, es la prolongada intuición que desde Homero a Peter Sloterdijk ha llevado a estudiar el mito de la sirena como el de los *mass-media*, como potencias de belleza y actos de fracaso comunitario. Siguen siendo una maldición porque dicen lo que queremos oír. *El canto de la sirena* (1872) de Miguel Cané (Uruguay, 1851-1905) continúa el hilo discursivo de Justo Sierra. Broth, el protagonista del cuento se lanza sin taponos ni cuerda a escuchar el canto; un canto que espera sea rico en experiencias sensitivas y de conocimiento, que ofrezca una íntima amistad que auxilie y consuele recíprocamente. ¿Qué se encuentra? «¿Qué canción cantaban las sirenas? ¿Qué nombre tomó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres? Cuestiones difíciles en verdad, pero no más allá de toda investigación», porque Broth, en lo fantástico de su ciudadanía, considera que lo probable, a través de la voluntad y la persistencia, se torna en posible. Él observa en el corazón de toda leyenda, de toda tradición, una base invariable de verdad. Él, a diferencia de Ulises, no requiere de taponos ni de cuerdas, él quiere escuchar, pero no lo que gustaría oír, sino lo que le quieren contar las sirenas. Así pues, convierte al exitoso Ulises en egoísta solitario, demostrando que si hubiesen escuchado de verdad a las sirenas, habrían estado más cerca de esa ciudadanía fantástica, que tiene sin embargo, bastante de griega.

Manuel José Othon (Méjico, 1858-1906), admirador de Virgilio y Garcilaso, relaciona la naturaleza con la fuerza expresiva original y lo terrorífico como lo aparente frente a la apariencia de la realidad. En su *Encuentro Pavoroso* (1905) cuenta como la excesiva confianza en el conocimiento científico nos hace vulnerables a lo insólito (también real pero menos re-conocido) y cómo el ciudadano maravilloso anticipa en sus pesadillas el horror que producirá el hombre mediático, el hombre sin rostro. Los sueños de ese ciudadano configuran un prisma que da color y forma a la realidad, y ya que conceptualizamos apariencias reales-fantásticas, damos sin duda primacía a la acción subjetiva del ciudadano en la conformación de la polis representada y arquitectonizada. Pues frente a las voces de la *polis-tecné* que terminan con la polis-mágica en espectáculos de resonancia para seres deshabitados (véanse las Love-Parade berlinesas en Esferas II de P. Sloterdijk, 2004), y frente a la pérdida de la noción de humanidad lo cual si produce auténtico terror queda la intuición de que solo la experiencia da sentido al conocimiento y que éste nunca nos prepara para la realidad. Así termina el encuentro pavoroso de Othon en relación a la vida en ciudadanía: «Y yo, a pesar de lo bien librado que salí, no las tuve todas conmigo».

Continuemos sin embargo, aunque no las tengamos todas con nosotros, por este momento donde se encuentran romanticismo y modernismo, este punto de inflexión nietzscheano en el que también se halla Manuel Gutiérrez Nájera (Méjico, 1859-1895).

Igual que Rousseau, ve en el artista una actitud de obrero, de humildad y dedicación artesanal, más que un proceso actoral de dramatización burguesa. Escribe cuentos de color de humo para recordar, en su tiempo y en el nuestro, que es imposible escribir sin leer, y hablar sin tener al otro enfrente. En *La Pasión de Pasionaria* (1883) pone más peso en la felicidad humana que en las conquistas del progreso y en *Rip-Rip el Aparecido* (1890), frente al ser deshabitado, ofrece al ciudadano como receptáculo que lleva en su interior el universo. La posibilidad pues de los sueños, del narrador-soñador o del ciudadano maravilloso está en que ve con los ojos cerrados un universo de pasado, presente y futuro. Asimila conceptos como reloj, calendario o espejo con las visceras del kronos. «Porqué no retrata ese espejo mi cuerpo, porque veo y grito, y el eco de esa montaña no repite mi voz, sino otra voz desconocida». Porque sencillamente, una humanidad dormida por la tecné se pierde en la historia, y al no encontrarse en ella, tampoco parece probable que lo haga en el espejo. El ciudadano maravilloso, en tanto, con los ojos cerrados, está más cerca de verse, que narciso frente al océano Atlántico.

Esta visión podría asemejarse a un reconocimiento a la vilipendiada decadencia. O como afirmaba Rubén Darío (Nicaragua, 1867-1916), una ciudadanía maravillosa naciendo en las épocas de declive de la humanidad, que como las guardillas, han quedado relegadas a la ausencia funcional de la historia general. El nicaragüense, alejado de parnasianismos y simbolismos tan de moda en el viejo continente, decide profundizar en los problemas del ser humano y por ende, de América Latina. En *Thanathopia* (1893), al más puro estilo Poe, destripa la mala educación familiar que ha heredado la visión occidental del mundo. Una educación verticalizada reflejada en una escuela con muros negros, ajena al mundo a sus problemas, conformadora de hombres tristes. Mientras el cuento *El caso de la Señorita Amelia* (1894) ofrece ese momento liberador, el derrumbe del muro. «¿Cómo negaréis la luz del sol, el aroma de las rosas y las propiedades narcóticas de ciertos versos?», así inicia y pregunta, aun cuando acepta la mortalidad como algo necesario, el protagonista del relato. *Ignoramos et ignorabimus* advierte a la ciencia y a cualquier forma de conocimiento hegemónico y fragmentario; pues des-vela poéticamente el andar de estos carros sin frenos, asumiendo a su vez que el tiempo difícilmente puede detenerse. «Va la ciencia a tanteo, caminando como una ciega, y juzgo que a veces ha vencido cuando logra advertir un vago reflejo de la luz verdadera». Y así termina el cuento «No hemos visto los sabios ni un solo rayo de la luz suprema», culminando un proceso reflexivo que desde el núcleo familiar al seno social, ha recorrido el eje de putrefacción de las esperanzas humanas en un mundo justo.

Frente a tan decepcionante perspectiva, entre revoluciones y golpes de estado, Amado Nervo (Méjico, 1870-1919) habita y ocupa lugares y tiempos en círculos literarios donde intuye un Internet de la cultura comunitaria. Desde su acción diaria encarnó sin duda la posibilidad de la cultura en lo cotidiano, de lo sublime en lo amable. La *Última Guerra* (1906), uno de los relatos precursores de la ciencia-ficción castellana centra su problemática en la revolución de los oprimidos. El peligro que supone la especialización progresiva del ciudadano-hormiga no es poca cosa, todo lo contrario cuando se intuye que ha sido factor conclusivo para la des-articulación de los intentos cristiano, francés y

socialista de dar sentido a la comunidad y a la ciudadanía. Es por ello que en dicha ficción el mejicano propone una revolución de las especies inferiores por no ser escuchadas. Hace un recorrido por los autóctonos de Europa que se reparten el mundo por creer tener derechos históricos sobre los demás. Del vigor latino al vigor sajón, de ahí a la invasión eslava, a la invasión amarilla, a la negra y a la rosada, de hegemonía en hegemonía, en un proceso de perfección histórica que desemboca en la extinción. Es aquí, de forma parecida a *Los próximos inquilinos* (1957) de Arthur C. Clarke cuando contempla que la vanidad humana y su fe en el progreso científico terminan en una sustitución de la habitabilidad en el mundo por los animales humanizados. En *El Ángel caído* (1920), y en relación a la des-humanización del ciudadano especialista, ofrece una postal interesante: la de un ángel caído socorrido por un niño. La historia desemboca en la recuperación del ángel en la tierra y su vuelta acompañado por el niño, dado que la divina criatura ya no ve el mundo como un lugar apto para niños. Al perder la lengua de los ángeles, Nervo provoca una sensación de duda y de crisis respecto a los conceptos inamovibles de nuestro pasado, advirtiendo los peligros de abandonar la imaginación y la ciudadanía maravillosa en el desván, con todo lo inútil: la belleza, la sensualidad, la magia, la empatía o los besos.

Desde los pedazos de-construidos de la ciudadanía greco-latina como hiedra sibilina y con adulación, se incrusta lo mágico-realista entre los límites de la razón y la ciencia, para darle otro sentido a la ciudadanía. Desde la curiosidad y el costumbrismo, desde la crítica y lo imaginado, descubrimos en la otra mirada, el sentimiento de culpa como primera piedra angular de la capacidad de perdonar, como primer paso shakesperiano para la trascendencia de aquel que conmueve sin perturbar en las reuniones físicas. Dicha postura se enfrenta agnósticamente a la soledad y al resentimiento, a su envés social; lo políticamente correcto o lo que perturba sin conmover: el rencor histórico.

Así pues, en pleno reinado de lo absurdo, en el seno de la exaltación de lo inhabitable, este precursor del ciudadano maravilloso habita en la triada intimidad-reflexión-memoria, portando con valentía el cetro de la imaginación. Esta habitabilidad de los lugares comunes como emplazamiento de la convivencia genera como paso intermedio, integrante de lo indígena o primitivo en lo moderno, al hombre-huésped, como ciudadano de lo fantástico. Es aquí donde la pedagogía se torna como imprescindible para el desarrollo de los procesos de liberación que originen nuevos órdenes sin ruinas, superadores sin vértigo histórico de los prejuicios fantasmagóricos y del poder de los excesos, ofreciendo una alternativa coherente al hombre mediático que habita el capitalismo cavernario desde la experiencia doliente y cómica. Comenzamos inventando palabras y no pensamientos, porque pensamos palabras, para intuir otro paso más de ese hombre-huésped, el ciudadano de la imaginación.

Los primeros peldaños de este estadio es aceptar o comprender, e incluso aprehender las deficiencias morales y las limitaciones humanas como posibilidades para este ciudadano de la entelequia (Calvino, 1993). La insaciable sed del *khronos* y la exasperante ausencia del *kayrós*, la estetización del arte y el abandono de la escena configuran sin

embargo, desde un humanismo pretencioso y débil una relación anquilosante entre ser y poder. Dichas sentencias proto-dogmáticas se ven seriamente amenazadas desde los primeros peldaños, por la vitalidad de la incertidumbre como motor de esta otra ciudadanía imposible, la sospechada (que no sospechosa).

Esta ciudadanía que se presenta en parámetros de proximidad se fundamenta en un tiempo compartido con el otro. Será esta ciudadanía imaginada, a través de la voluntad y la persistencia configuradora de una experiencia humana y un concepto de humanidad que implica la aceptación de que la belleza no puede ser copiada, sino compartida. Hablamos pues de potencias de belleza que ofrecen desde la tradición oral fantástica una base invariable de verdad. Intuimos el ciudadano maravilloso como des-velador del científicismo, del tecnicismo que anula lo insólito (García Márquez, 1995).

El ciudadano maravilloso, el abierto a lo intempestivo, da un paso desde la Europa fantástica decimonónica al hombre-rigor-sanación-profecia y canción de Latinoamérica. Frente al hombre mediático y sin rostro, ofrece el prisma de los sueños como dador de color y forma a una realidad proyectiva de tiempos y espacios felices. Este ciudadano maravilloso, renovador de la fantasía europea en lo riguroso, lo curativo, lo anticipatorio y lo festivo, conforma desde la acción subjetiva la polis mágica que supera con creces a la polis representada y carcelaria, que bajo las leyes del progreso y los símbolos totémicos del reloj, el calendario y el espejo, subsisten en la caverna de las sombras del *khronos*.

Pero el ser habitado, el ciudadano maravilloso, tiene el universo en su interior, se torna en narrador-soñador de las pequeñas historias universalizables con solo cerrar los ojos, desaparece del espejo y despierta de los efectos narcotizantes de la *techné*. Aprovecha la decadencia de su humanidad para habitar los desvanes y devolverles la funcionalidad histórica que les arrebató la mala educación familiar del imperio puritano perpetuado como serpiente *ourobouro*, en el magma mediático del pensamiento único. Pero es curioso, cómo ese ciudadano maravilloso, al cerrar los ojos y desaparecer del espejo comienza a aceptar la mortalidad (Montaigne, 1595), a derribar los muros negros de la escuela forjadora de hombres tristes, confronta con altura la esperanza de justicia en lo cotidiano, estructurando dentro de la cultura lo comunitario, traspasando el velo del terror de lo sublime a lo amable. Cede al otro, pierde el orgullo y parte del prestigio dorado, del eco de los loros, pero en su debilitada identidad, insufla aliento a estos animales humanizados que en contra de la especialización, son capaces de volver a reconstruir el lenguaje y la mirada al mundo desde la belleza, la sensualidad, la magia y los besos. Recuperar la lengua de lo íntimo es quizás la gran aportación de la literatura fantástica decimonónica del XIX americano en la conformación de la ciudadanía maravillosa, quizás sea el destello, el escorzo, el reducto posible de la comunidad imaginada.

4. BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio: *El hombre sin contenido*, Pre-Textos, Valencia, 1998.

Arellano, Francisco J. (comp.): *Cuentos terroríficos*, Libros Clan A Gráficas S.L., Madrid, 2000.

Barcellona, Pietro: *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*, Editorial Trotta S.A., Madrid, 1996.

Batticuore, Graciela: *Juana Manuela Gorriti. Cincuenta y tres cartas inéditas a Ricardo Palma*, Universidad San Martín de Porres, Lima, 2004.

Belenguer Calpe, Enrique y González Luis, M^a Lourdes C.: *Humanismo y Educación. Una historia de la Pedagogía*, Cooperativa Universitaria Sant Jordi, Barcelona, 1998.

Bloom, Harold: *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades*, Editorial Anagrama S.A., Barcelona, 2003.

Borges, Jorge Luis: *El aleph*, Alianza Editorial S.A., Madrid, 2000.

Calvino, Italo: *De Fábula*, Ediciones Siruela S.A., Madrid, 1998.

Conrad, Joseph: *Obras completas*, RBA Coleccionables S.A., Madrid, 2005.

Dario, Rubén: *Obras completas*, Santillana Ediciones Generales S.L., Madrid, 2003.

Durano, Gilbert: *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*, Taurus, Madrid, 1982.

Espronceda, José de: *Obras Poéticas*, Librería de Ch. Bouret, Paris, 1887.

Fenimore Cooper, J.: *El último mohicano*, Grupo Anaya, Madrid, 1996.

Foucault, Michel: *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Pre-Textos Editorial, Valencia, 2000.

Fuente del Pilar, Juan José: *Antología del Cuento Fantástico Hispanoamericano del Siglo XIX*, Miraguano Ediciones, Madrid, 2003.

Fullat, Octavi: *Pedagogía existencialista y postmoderna*, Editorial Síntesis S.A., Madrid, 2002.

Grassi, Ernesto: *El poder de la fantasía. Observaciones sobre la historia del pensamiento occidental*, Anthropos Editorial, Barcelona, 2003.

Guthrie, W.K.C.: *Historia de la Filosofía Griega*, Tomo I, Editorial Gredos S.A., Madrid, 1984.

Greimas, A.J.: *En torno al sentido. Ensayos semióticos*, Fragua, Madrid, 1973.

Held, Jacqueline: *Los niños y la literatura fantástica*, Paidós, Barcelona, 1981.

Ibarlucía, Ricardo y Castelló-Joubert, Valeria: *Vampiria. De Polidori a Lovecraft*, Adriana Hidalgo editora S.A., Buenos Aires, 2002.

Jean, Georges: *El poder de los cuentos*, Editorial Pirène, Barcelona, 1998.

Kafka, Franz: *Obras completas*, RBA Coleccionables S.A., Madrid, 2004.

Mann, Heinrich: *Por una cultura democrática. Escritos sobre Rousseau, Voltaire, Goethe y Nietzsche*, Pre-Textos Editorial, Valencia, 1996.

Menéndez Pidal, Ramón y Rico, Francisco: *Todos los cuentos. Antología universal del relato breve*, Tomo II, Editorial Planeta, Barcelona, 2002.

Mouffe, Chantal: *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona, 1999.

Palma, Ricardo: *Tradiciones peruanas*, Jorge A. Mestas Ediciones, Madrid, 2004.

Poe, Edgar Allan: *Obras completas*, RBA Coleccionables S.A., Madrid, 2004.

Propp, Vladimir: *Las raíces históricas del cuento*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1998.

Risco, Antonio: *Literatura y Fantasía*, Taurus Ediciones, Madrid, 1982.

Rodari, Gianni: *Gramática de la fantasía*, Argos-Vergara, Barcelona, 1983.

Rousseau, J.J.: *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, Editorial Norma, Bogotá, 2002.

Sloterdijk, Peter: *Esferas II*, Ediciones Siruela S.A., Madrid, 2004.

Sumalavia, Ricardo (comp.): *Las fábulas mentirosas y el entendimiento*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2002.

Todorov, Tzvetan: *Introducción a la literatura fantástica*, PremiáEditoria, México, 1987.

Virgilio: *Obras Completas*, Edición bilingüe, Cátedra, Barcelona, 2003.

Zorrilla, José: *Don Juan Tenorio*, Ediciones Orbis S.A., Madrid, 1998.

EL ARRULLO DE LAS PALABRAS (O DE CÓMO LA LITERATURA COMIENZA CON LAS NANAS)

LILIANA CINETTO

Si cierro los ojos un momento e intento evocar las primeras palabras que escuché en mi infancia, no vienen a mi memoria la voz mansa de mi madre pronunciando mi nombre ni la voz ineludible de mi padre presagiando el reto después de la travesura. La que recuerdo con certeza es la voz de mi abuela enredada en la melodía de una nana que me cantaba para hacerme dormir.

Señora Santa Ana,
¿por qué llora el niño?
—Por una manzana
que se le ha perdido.
Levántate; Juana
yencendé la vela,
andá a ver quién anda
por la cabecera.
—Son los angelitos
que van a la escuela
con zapatos blancos
y medias de seda.

Poesía popular (Argentina)

Y es que, como mis padres trabajaban todo el día, era mi abuela la que se ocupaba de cuidarnos a mi hermana y a mí, de despertarnos y mandarnos a la cama, de prepararnos la comida y de controlar que nos bañáramos y nos laváramos los dientes y las orejas. Nacida en el campo, en una familia con poco dinero y demasiados hijos, mi abuela solo pudo ir a la escuela hasta sexto grado. Era, sin embargo, una gran lectora, como todos en mi familia, aunque le costaba leer en voz alta y prefería el encuentro íntimo y solitario con los libros en los que podía imponerle a las palabras su propio ritmo, sin que se notara su lentitud y sus tropiezos. Por eso tal vez ella jamás me leyó historias. Y sin embargo nutrió mis primeros años de pura literatura. Este dedito encontró un huevito, éste lo cocinó, éste le peló, éste le puso sal y este pícaro gordito se lo comió... me decía jugando con los dedos de mi mano para terminar haciéndome cosquillas. O me mecía entre sus brazos, mientras me cantaba...

El cocherito, leré
me dijo anoche, leré,
que si quería, leré
montar en coche, leré.

Y yo le dije, leré
con gran salero, leré,
no quiero coche, leré
que me mareo, leré.

Poesía popular (España)

O simplemente me ponía sobre las rodillas y me hacía saltar mientras me decía...

DIRECCIÓN:

ERNESTO J. RODRÍGUEZ ABAD
BENIGNO LEÓN FELIPE

SECRETARÍA DE REDACCIÓN:

ANDRÉS GONZÁLEZ NOVOA
DANIEL PINELO CASAS

COORDINACIÓN EDITORIAL:

CAYETANO CORDOVÉS DORTA

CONSEJO DE REDACCIÓN:

ROSALÍA ARTEAGA SERRANO (ECUADOR)
BENITA PRIETO (BRASIL)
CELSO SISTO (BRASIL)
PÉPITO MATEO (FRANCIA)
MARC LABERGE (CANADÁ)
LILIANA CINETTO (ARGENTINA)
LUIS SAN VICENTE (MÉXICO)
JUAN MADRIGAL (COSTA RICA)
ELVIRA NOVELL IGLESIAS (BARCELONA, ESPAÑA)
PEP BRUNO (GUADALAJARA, ESPAÑA)
CARLES GARCÍA DOMINGO (LA RIOJA, ESPAÑA)
OMAIRA AFONSO HERNÁNDEZ (TENERIFE, ESPAÑA)
LUIS ALZOLA FARIÑA (TENERIFE, ESPAÑA)
JUAN JESÚS PÉREZ GARCÍA (TENERIFE, ESPAÑA)

ILUSTRACIÓN CUBIERTA:

ANDRÉ NEVES

EDITOR:

ASOCIACIÓN CULTURAL PARA EL DESARROLLO Y FOMENTO DE LA
LECTURA Y EL CUENTO - LOS SILOS

ISSN: 1578-181X